

Manuel Domínguez-Rodrigo

Departamento de Prehistoria y Etnología

UCM

UNA VISIÓN INCOMPLETA DE LA ARQUEOLOGÍA DE LOS ORÍGENES HUMANOS

Torre Sáinz, Ignacio. 2008. La Arqueología de los Orígenes Humanos en África. Madrid, Akal

La arqueología de los orígenes humanos en África hoy en día es un campo apasionante en el que se debaten cuestiones sobre cómo era el comportamiento de los primeros homínidos con registro cultural, la funcionalidad de los primeros yacimientos Plio-Pleistocénicos, los modelos conductuales que mejor explican dicho registro, el estudio de su formación mediante la tafonomía y otra serie de cuestiones que vienen a ofrecer un cuadro dinámico que nos abre una ventana, por vez primera, sobre en qué consiste convertirse en humano. Una buena parte de esta dinámica se debe a que en la actualidad la mayor parte de equipos de investigación sobre evolución humana en Africa son estadounidenses, que desde hace casi cuatro décadas han implantado paradigmas procesuales, en donde los objetivos de estudio son la conducta adaptativa de nuestros antepasados. Lo que sorprende del libro de de la Torre es el tratamiento deficiente (en algunos casos, ausencia palmaria) de estas cuestiones, a pesar de haber recibido una educación "conductualista" en su formación en la UCM. Es más, en contra de lo recién afirmado a comienzo de este párrafo, una lectura del libro de de la Torre podría ofrecer al neófito la equívoca impresión de que la arqueología de los orígenes humanos es un tedioso campo de discusiones bizantinas sobre piedras. Con una definición de arranque (obsoleta) de que la arqueología "es el estudio de las evidencias culturales....(y que) en el Paleolítico tales evidencias culturales se reducen básicamente a la piedra tallada, y es la interpretación de las mismas la que ha guiado el desarrollo de la disciplina" (de la Torre, 2008, p.6), el autor publica un libro de claro enfoque histórico-cultural centrado en la evolución de las industrias líticas en Africa oriental, que algunos podrían tildar de retorno a la cacharrería de los 70. Lo que es sólo una parte del registro (la industria), la cual proporciona una menor cantidad de información para la reconstrucción del comportamiento de los primeros homínidos que su uso conjuntado con la fauna y sus contextos ambientales, por ejemplo, se convierte en la espina dorsal de este trabajo.

Esto me da pie a discutir brevemente algunas cuestiones críticas en la justificación del autor de su enfoque y en la definición de arqueología. Si ésta consiste en el estudio de las evidencias culturales, en el Paleolítico es imprescindible definir qué es "evidencia cultural"; en contra de lo que dice de la Torre, la piedra tallada es sólo una de las evidencias disponibles, no la única. Huesos manipulados de manera antrópica son evidencias culturales, como también lo son conjuntos faunísticos donde tafonómicamente se justifique una autoría antrópica en su acumulación. Es cierto que la industria lítica ha guiado el desarrollo de la disciplina, pero sólo hasta la década de los setenta. Desde entonces, la mayor parte de la investigación ha estado guiada por la implantación de estudios

tafonómicos y paleoecológicos. Los proyectos arqueológicos de Koobi Fora, Olduvai, Olorgesailie, que se encuentran entre los más relevantes, centran la mayor parte de su atención en estas cuestiones. La litica ha venido jugando en estas décadas un papel menor en varios de ellos (p. ejemplo, en Olduvai). El enfoque partidista (y liticista) del autor queda reflejado en que su repaso historiográfico de la disciplina sea detallado desde los primeros exploradores hasta 1974 (47 páginas de las 49 que tiene el capítulo 2). Lo sucedido en las 3 últimas décadas, curiosamente coincidente con la hegemonía de la investigación procesual americana queda sintetizado en sólo 2 páginas. Si el libro tuviera vocación de manual, habría conseguido insuflar mayor conocimiento en el lector en la descripción de los pluviales de Wayland que en los fundamentos de la arqueología moderna en África.

Es precisamente en la plasmación de la vocación de manual donde encuentro las mayores carencias de este libro. Por ejemplo, en el Capítulo 1 (marco geológico y climático), se ofrece una discusión sobre la aparición de las grandes fallas (la del Rift oriental y la occidental) en las que se da más información sobre su origen en el Oligoceno y Mioceno, que sobre su reactivación a finales del Mioceno para la falla oriental y a finales del Plioceno para la falla occidental y la repercusión que dicha configuración tuvo en el proceso de hominización debido a los cambios climáticos regionales y las alteraciones a que condujeron en los biomas y las faunas Mio-Pliocénicas. La sección climática aparece separada de la geológica y por ello faltan los puentes entre los cambios tectónicos y los ecológicos. De ahí que afirmaciones del tipo de que los patrones de circulación atmosférica en el continente durante el Plioceno fuesen iguales a los de hoy en día sean erróneas. Hasta el mismo final del Plioceno, coincidiendo con la parte final de la reestructuración de la falla occidental no tenemos evidencias, por ejemplo, de que los alisios circularan igual que lo hacen en la actualidad, de lo cual da testimonio el gran cambio ecológico detectado en las faunas plio-pleistocénicas de la región en ese momento o las evidencias palinológicas. Esto mismo lo apoyan recientemente los estudios isotópicos de las faunas, mostrando unas características atmosféricas resultado de unas condiciones climáticas diferentes. El proceso de hominización en Africa oriental es una comunión entre cambios climáticos globales y especialmente tectónicos regionales (véase el especial de *Journal of Human Evolution* 2008 sobre evolución climática en Africa). A este respecto, la clave en dicho proceso es la aparición de los biomas de sabana. Al lector no se le aporta información sobre qué son las sabanas o como evolucionan desde el Mioceno hasta la actualidad. El contexto ecológico queda relegado a un segundo plano en coherencia con el planteamiento histórico-cultural del autor.

En el capítulo 3 (El contexto evolutivo), la ausencia de una descripción detallada de lo que son los biomas de sabana se saldan con confusiones sobre si los primeros homínidos residían en éstas o no, al confundir hábitats boscosos con ecosistemas cerrados, siendo particularmente aquéllos conspicuos en biomas de sabana (confusión por otra parte bastante común entre varios especialistas). No existe ningún lugar donde la evidencia apunte a presencia de medios boscosos asociados a restos de homínidos que no sugiera que se trata de un bosque aluvial de sabana. El autor no recoge la evidencia que rodea a *Sahelanthropus* y que le contextualiza en un ecosistema abierto de sabana, a pesar de estar a más de 3000 km de Africa oriental. Las sabanas no son biomas exclusivos de Rift.

Igualmente, estas carencias se notan en el tratamiento de la parte paleontológica. Pese a que el autor se decanta por el uso del término "hominino" (p. 83) luego usa el de "homínido" indistintamente e incluso en la misma página (p. 89). En la descripción de los primeros "homininos", el autor ha dejado aparcada literatura relevante sobre si *Sahelanthropus* es hominino o no (Wolpoff y colegas), no discutiendo los problemas ni del plano nucal ni del tamaño de los caninos y el desgaste oclusal del mismo que se han usado como criterios de definición por el

equipo descubridor. Tampoco se recoge el fundamento de la discusión sobre el bipedismo de Orrorin (véase intercambio entre White y el equipo de Pickford & Senut). Otro tanto cabe mencionar del debate de la reconstrucción postcranial de *A. garhi* y de *H. habilis*. Por terminar con confusiones como la de afirmar que la capacidad craneal de *H. habilis* y *H. rudolfensis* no es muy diferente de la de *A. garhi* (comentario: la de *rudolfensis* es sólo un 50% mayor que la de *A. garhi*). Existe una lista bastante más larga de detalles parecidos que no puedo resumir en una reseña tan sucinta. El que dichas carencias se achaquen a la circunstancia de que quien escribe es arqueólogo y no paleontólogo no es justificable, ya que hay varios trabajos elaborados por arqueólogos cuyo tratamiento del registro humano no muestra dichos errores (véase como ejemplo más reciente en el panorama peninsular, el trabajo de Castanedo [2007]).

En el capítulo 4 (Los primeros yacimientos), el autor muestra posiblemente el que creo que puede ser el mejor capítulo del libro, tomando como base los antecedentes de los estudios líticos, mostrando la evidencia de las primeras industrias pliocénicas y discutiendo con acierto parecidos y diferencias con los artefactos líticos generados por chimpancés. A éste, le sigue un Capítulo 5 (La arqueología del Pleistoceno), con una amplia discusión del origen y debate del olduvayense, pero con carencias en la trama no lítica que le acompaña. Por ejemplo, para hablar de la secuencia climática del lecho I, de la Torre usa la síntesis de Potts de 1988, muy mejorada por literatura producida por Reed, Fernández-Jalvo, Ashley, Plummer & Bishop, o Kappelman que no aparece debidamente referenciada. La discusión también es incompleta ya que no es excusable que en un libro centrado en la evolución de las primeras industrias ni siquiera se discuta sobre en qué consiste la división de los distintos tipos de olduvayense. A este respecto, una de las grandes contradicciones del libro reside en la ausencia completa del mundo francófono en el debate de las primeras industrias, cuando es en dicho ámbito donde se crea el paradigma histórico cultural que de la Torre usa. Los trabajos de Biberson, Camps, Hugot, Balout, Tixier, Alimen, Debruge, amén de varios otros no aparecen ni siquiera referenciados. En este libro de la arqueología de África se erradicar los trabajos realizados el norte del continente. Es más, este sesgo es difícil de explicar cuando ni siquiera se comentan los trabajos de los equipos franceses en yacimientos de África oriental, como Fejej (Etiopía).

Siguiendo esa descripción selectiva del desarrollo histórico, de la Torre asume erróneamente que desde que L. Leakey describe (más bien aboceta) el olduvayense en 1936 hasta la monografía de M. Leakey de 1971, el olduvayense se mantiene conceptualmente de manera estática. No es cierto. A la definición más formal de Leakey (1951), le sigue una corregida y ampliada en Leakey (1966), con una descripción detallada de las fases de evolución del olduvayense en Leakey (1967), que finaliza en la clásica y más conocida de Leakey (1971) bajo el influjo de las directrices de nomenclatura propuestas por Kliendienst (1967). De hecho, salvo en la innovación en el término, podría discutirse que Louis Leakey definiera en realidad el olduvayense en la década de los 30 como señala de la Torre, ya que casi la misma definición con la que Leakey denomina al olduvayense puede recogerse en otros autores con anterioridad con el término de "pre-chellean" (ej. Wayland en la década de los 20). Debe señalarse que el mismo Leakey no diferencia entre ambos términos en su publicación de 1936 (Adam's ancestors). En esto coincide Leakey (1966) quien manifiesta que la definición tipológica del olduvayense debe referenciarse con la obra de 1951 y no antes. También es digno de reseñar que las primeras divisiones del olduvayense y su convivencia con el achelense las realiza O'Brian en Uganda en la misma década de los 30.

Igualmente, en la discusión del FLK Zinj, de la Torre se queda en la literatura de los 80, con muy pocas referencias del debate en los 90. En la descripción del mismo el autor ofrece interpretaciones de algunos de los

participantes en el debate pero no es capaz de aportar los argumentos tafonómicos de cada modelo o discutir cual es la situación actual en la discusión. Y pese a sumarse al grupo de investigadores que declaran que mucho del registro de este periodo es un palimpsesto, de la Torre no logra mostrar que el FLK Zinj, siendo el corazón del debate que resume, no es precisamente uno de ellos, como demuestran los estudios tafonómicos de los 90 que no incluye o los más recientes (véase un resumen detallado en Domínguez-Rodrigo et al., 2007).

El capítulo 6 (el achelense) el autor hace un repaso a los yacimientos con industrias achelenses sin detenerse en discutir la problemática de su variabilidad paleoecológica, contextos deposicionales o elementos conductuales. Con ello, finaliza en el capítulo 7 (La arqueología del último millón) con afirmaciones poco acertadas (como que no existen bifaces en Peninj; los hay, si por tales se definen a positivos de gran tamaño que han sido completamente tallados por ambas caras) y con un resumen de las industrias en el Pleistoceno medio hasta desembocar en el MSA y LSA sin aportar nada del debate actual sobre qué se entiende sobre el LSA y su antigüedad. Asombra que algunas de las últimas compilaciones sobre las industrias en el Pleistoceno medio-superior (como la de Willoughby) no aparezcan ni siquiera mencionadas.

De la Torre finaliza el libro con un epílogo en el que se lamenta que la arqueología no goce del mismo prestigio que la paleontología. Argumenta que los proyectos arqueológicos deben ser financiados a largo plazo y habla de menor profesionalidad en la arqueología africana que en la occidental. Yo personalmente no he conocido ningún profesional en los 20 años que llevo de experiencia en África que mantenga que la arqueología en ese continente deba practicarse con menor rigor que en otro lugar. Sin embargo, debo manifestar mi conformidad con aquéllos que argumentan que las estrategias de campo en África y Europa deben ser diferentes porque los costes son mayores (un solo día en África cuesta muchos cientos de dólares), el tiempo mucho más limitado y los objetivos deben centrarse a más corto plazo ya que los proyectos se conceden con semejante escasa proyección. Por ejemplo, uno no puede esperar al último día de campaña para descubrir cuales son las características de un depósito; éste debe conocerse (mediante sondeo) previamente a su excavación en extensión, dada la limitación de tiempo. Plantear proyectos que sólo darán resultados tras 15 años de trabajo, cuando la realidad de la financiación es que sólo se dispongan de proyectos de 3 años (y muy frecuentemente, de un solo año) es irresponsable amén de ingenuo, ya que nunca se lograrán los objetivos científicos y sólo se habrá conseguido derrochar recursos, a la vez que haber alterado los yacimientos de manera irreversible (ya que todo proceso de excavación supone destrucción) sin haber conseguido sacar de ellos la información debida. Por ello en África no hay excavaciones en extensión de miles de metros cuadrados (como en Schöningen, por ejemplo) y son tan populares las excavaciones reducidas y los proyectos de arqueología del paisaje. No es porque los arqueólogos africanistas sean ignorantes, sino porque están obligados a enfrentarse a una realidad de disponibilidad de recursos que en la praxis de la arqueología en otros países occidentales no existe.

Del mismo modo, no entiendo la tesis confabulatoria del epílogo, donde el autor describe a algunos paleoantropólogos como buscadores de fósiles con morfologías inesperadas para hacerse famosos. De la Torre describe esto como "chanza generalizada", pero yo no conozco a nadie que participe de esta idea, por lo que sería más conveniente definirlo como "chanza personal". Una vez más, en mi propia experiencia no he conocido a ningún paleontólogo que realice su labor con semejante prejuicio y en los contados casos de hallazgos que muestran características inesperadas, los descubridores ya eran académicamente investigadores de reconocido prestigio. Dichos fósiles no les hicieron famosos. Los paleoantropólogos han contribuido históricamente al estudio de la evolución

humana de un modo que muchos arqueólogos no han logrado igualar. El libro de de la Torre debería reconocer este hecho y ser más respetuoso con ellos. Su ataque indiscriminado queda deslegitimado cuando intencionadamente desvirtúa la verdad de los acontecimientos. El descubrimiento del homínido que menciona al final del epílogo no se llevó a cabo en "vacaciones" (cual turista de safaris), sino al regreso de una campaña de campo en una excursión al enclave. La matización es importante, ya que mientras que desvela la aletoriedad que es común en el descubrimiento de fósiles humanos, insufla mayor corrección al talante de los descubridores. De la aletoriedad del descubrimiento hasta sacarle toda su información paleontológica, paleoecológica, contextual y cronológica transcurrieron más de tres campañas de campo y cuatro años de estudio de laboratorio; de igual modo que de la aletoriedad del descubrimiento de *Ardipithecus ramidus* hasta su estudio final habrá transcurrido más de una década y media. Ese esfuerzo prolongado, que es el que traduce el trabajo del paleontólogo más allá del mero buscador de fósiles, según aparece esbozado en el epílogo de de la Torre, al profesional del estudio de la evolución humana es imprescindible recalcarlo debidamente para evitar distorsiones.

Evaluar un libro de un antiguo alumno no es una tarea agradecida, ya que a uno le viene a la mente la concepción tan manida de que los alumnos son espejo de sus profesores y uno siente especial responsabilidad en el resultado. Mi valoración del libro no es positiva. El autor ostenta erudición, ha leído bastante, pero en lo que respecta a la gestión de conocimiento de cuestiones ajenas a su formación (ecología, paleoantropología, tafonomía) no ha sabido digerir tanta información. El resultado es desigual; algunos capítulos sobre lítica están bien escritos, pero otros están poco estructurados y se muestran incompletos. Esta sensación de poco cuidado alcanza incluso a la bibliografía; varias referencias usadas en el texto están ausentes de la lista final. El mérito que hay que atribuirle a de la Torre es haber engarzado, a veces de un modo sofista, argumentos para escribir un libro sobre la arqueología de los orígenes en el que le falta casi todo lo que se ha hecho en los últimos 20 años. Esto se refiere no sólo a la otra parte del material arqueológico (la fauna) que ha ignorado a propósito, sino también a mucha de la investigación sobre lítica y contextos arqueológicos que se han hecho dentro del paradigma ecológico-conductual.

BIBLIOGRAFÍA:

Castanedo, A. (2007). El origen del género Homo. La innovación como motor del proceso evolutivo. Tesis de licenciatura, Universidad de Santander.

Domínguez-Rodrigo, Barba, R. Egeland, C.P. (2007). Deconstructing Olduvai. Springer, Nueva York.

Leakey, L. (1951). Olduvai Gorge. Cambridge, Cambridge University Press.

Leakey, M. (1966). A review of the Oldowan culture from Olduvai Gorge, Tanzania. Nature, 210: 462-466.

Leakey, M. (1967). Preliminary survey of cultural material from Beds I and II, Olduvai Gorge, Tanzania. En (Bishop, W. & Clark, D., eds.) Background to Evolution in Africa, Chicago, The University of Chicago Press, pp. 417-446.

Kleindienst, M. R. (1967). Questions of terminology in regard to the study of Stone Age industries of Eastern Africa: "Cultural stratigraphic Units". En (Bishop, W.

& Clark, D., eds.) Background to Evolution in Africa, Chicago, The University of Chicago Press, pp. 821-860.